

Revista SIN CONTORNOS

ESPACIO DE ENTRAMADO PSICOANALÍTICO

www.sincontornos.com



N°5 - Marzo 2017

¿Necesitar del otro, o contar con?

Adriana Santagapita

*Previamente publicado en "Santagapita, A (2016).
Cuestiones de Lazos. Testimonios de un psicoanálisis.
Buenos Aires. Ed. Dunken*

Cuando desde muy tempranamente, en los inicios de la vida, se empieza a registrar la precariedad de los recursos del entorno, se sufre. Y quedan varias opciones por delante. Una es sucumbir. Otra es buscar modos de autosostenerse, construyendo todos los recursos defensivos necesarios para anidarnos en los estados de angustia y desolación por soledades muy primarias. Cuando una tras otra des-ilusión nos muestran en la infancia que contar con otros es aleatorio, y depende de estados y momentos del mundo adulto, los más fuertes psíquicamente, se las arreglan para tomar de algunos otros lazos importantes aquellas presencias que ayudan a soportar las penas. Y de construir lo sano de la historia familiar con los momentos donde el amor circula. Registrarlos, alivia y entran en la cuenta.

Pero quedan marcas. Quedan modos aprehendidos. Y se va creciendo en escenarios similares con lo cual es difícil ubicar cuándo se puede contar con otros y cuándo no. Con conmoción cada vez.

Se sigue creciendo, y esos modelos puján más de lo deseable, con lo cual es posible que las sucesivas elecciones de amor tengan algunos de esos rasgos.

Se eligen los afectos al modo de los modelos leídos. A veces repitiendo, otras por la contraria (que es más de lo mismo), y otras, las más tranquilizadoras, al son de lo que nos interesa, haciendo diferencias. También al ritmo de los propios recursos. Y cuando en esa elección ya más tardía vuelven a aparecer esos rasgos que nos retrotraen el pasado, la lucha por quedarse o irse puede ser larga y compleja. O para encontrar cómo quedarse para no irse del todo. Porque son escenas conocidas. Se han ido haciendo anticuerpos para las ausencias. Y uno aprende a tomarse cada vez más de sí mismo. Aunque a veces, el tope de dejar de buscar el modo de quedarse es lo que alivia en ese devenir de luchas internas arcaicas.

Haber necesitado del otro y encontrarlo sólo a veces, nos propone como salida saludable el trabajo intenso con nosotros mismos para entender, de una vez, que primero y fundamentalmente, somos nuestros páramos, aliados, y únicos capaces de entender la dimensión de los estados de carencia, y por dónde está la dirección que nos alivia.

Por eso, cuando se sigue avanzando en los años y nos transformamos en hombres y mujeres, la mirada se agudiza sobre aquellos con quienes contar. Y del otro lado, muchos nos instalamos en lugares de elegir la presencia amorosa cuando leemos la necesidad de otros. Lazos, pacientes, alumnos, hijos, sobrinos, amigos. Y la vida se empieza a entender más claramente, con menos sobre las ausencias en momentos significativos. La ausencia ante la necesidad de presencia y tolerancia de estados de vulnerabilidad no es para entender, pero sí para saber qué es posible y qué no. Y quedarnos, si queremos, con lo que el otro sí puede ofrecer. Que claramente es lo mismo que tiene para ofrecerse a sí mismo.

Entonces, la misma vara de saber sobre lo fundante de la presencia en lo propio y en los momentos de vulnerabilidad del otro es la que hace la diferencia para reencontrarnos, o ayudar a retomar el estado de bienestar y armonía. Es con la que se mide la necesidad de selección de con quienes queremos o cuándo podemos contar para circular por el mundo.

Lo que queda es la convicción de que nos tomamos de nosotros o nos hundimos, porque nadie más tiene en sus manos la posibilidad de salvarnos de algunos momentos de sensaciones de abismo. Por eso, se va aprendiendo a contar con algunas personas que pueden ofrecer su presencia. Pero sabiendo que sólo es a veces. Lo constante es los recursos que supimos construir, nuestros, propios, y las ayudas que podamos darnos. A modo defensivo uno deja de necesitar del otro. Porque eso implica esperar que esté. Demandarle presencia a nuestra medida, enojarse si no se lo encuentra. Y no siempre puede. No por falta de amor, ni en contra nuestra.

No puede y punto. Y justificaciones tampoco sirve demasiado entender porque cada uno está ocupado en lo suyo, que ya es bastante.

Cuando de a poco se vuelve a confiar, a veces, soltamos esas defensas, bajamos la “guardia”. Pero es fundamental no idealizar ni esperar la presencia permanente, para no desilusionarse y abrir nuevamente las heridas. La incondicionalidad no es posible. Nadie puede. Porque cada quien está preocupado por lo suyo y hace lo que es posible para cada momento y circunstancia.

La alternativa que nos pacifica verdaderamente sería siempre confiar en lo que sabemos de nosotros, leerse en los estados de angustia y desesperación, de falla de esos mismos recursos, para pedir auxilio a quienes calculemos lo más ajustado posible, que podrán estar ahí. A su modo. Con sus posibilidades. Que no siempre conciben con lo que se necesita escuchar y sentir, pero muchas otras, si.

Tomados de nuestro mundo, contando con nosotros, se deja de esperar. Y entra más o menos a tiempo el alivio. Más tarde o más temprano, volvemos al eje. Porque finalmente, los lazos nos hacen de red, solo cuando sabemos que es la segunda instancia. La primera, es uno mismo.

